

Pensamientos y radio



Francisco Javier Muriedas Argumos
EA1AWY

Recientemente encontré en casa de mis padres unas notas tituladas «Algunos pensamientos míos sobre mi vida y la radio», escritas por mi padre, Francisco Muriedas Díez (1920-2012), que juzgué podrían ser interesantes desde un punto de vista histórico y humano, aunque no revistan la exactitud y profusión de datos de otros artículos históricos aquí publicados.

Sirvan también a modo de homenaje –si se me permite– a un hombre que a pesar de tener las circunstancias en contra, logró aprender casi de manera autodidacta y sacar adelante cinco hijos con esos exiguos conocimientos y mucho tesón. No tuvo ningún tipo de licencia oficial a excepción de una tarjeta de radioescucha ya en los ochenta, pero yo al menos lo considero un verdadero radioaficionado. Lo contado acontece en Torrelavega (Cantabria).

30 de abril de 1988. Sábado. Hora 14:00:

1932. La Escuela. Escapadas a fisgar talleres mecánicos con sueños incluidos para el día de mañana y no realizados. Tropiezo con la madera, dedicación secular del padre y mi familia, primera generación industrial.

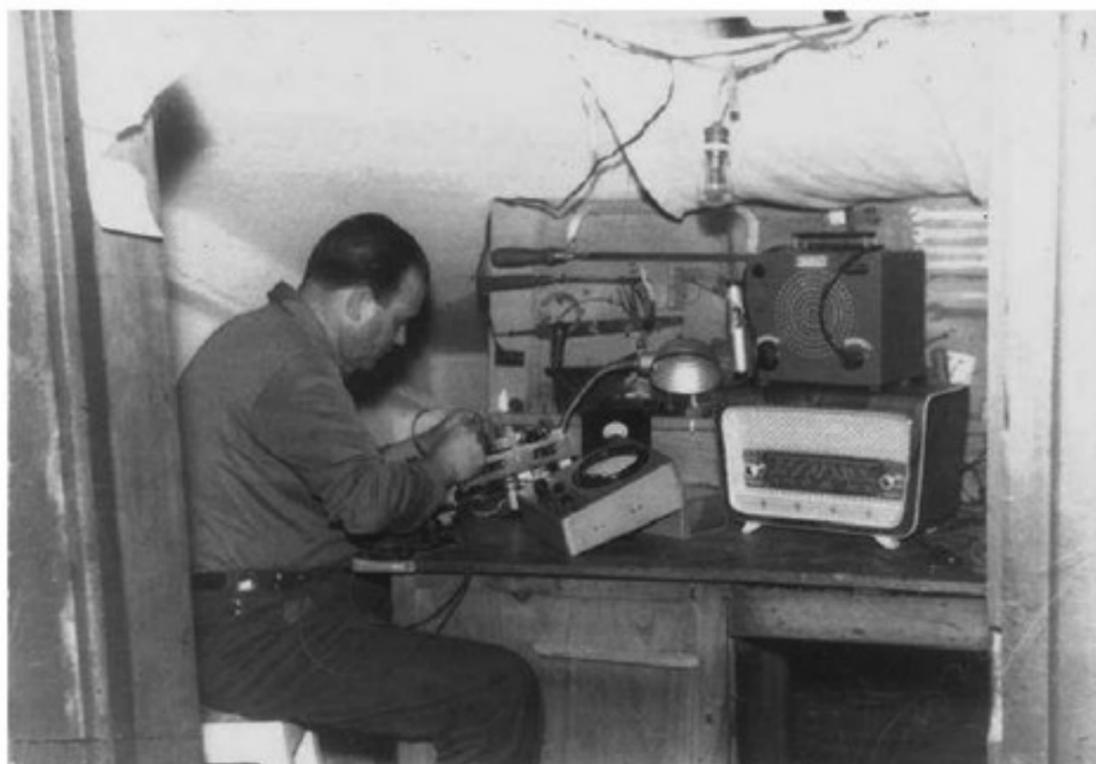
Agosto de 1934. Empiezo de ebanista. Escapadas desde la madera a la electricidad y la mecánica, sin éxito. También había crisis de trabajo. La crisis de 1929 coleaba. Primeros trabajos. A los quince años cae un libro en mis manos en la biblioteca popular; construyo un micrófono con galletas de carbón y madera y un auricular con carretes de hilo de coser, bobina de cobre y núcleo de herradura de hierro, todo envuelto en madera. Hubiesen funcionado a base de grandes intensidades de corriente. Esto ocurría en el año 1935, en la calle de Alonso Astúlez (mi trabajo), al este del QTH de los Cachos en la calle Consolación nº20, donde éstos ya estaban en el éter desde el año anterior. Salidas a petición de trabajo con resultado nulo.

A partir de 1936 se produce un largo silencio en radio debido a las circunstancias especiales (hago aquí un inciso recordando que mi padre se refería al periodo anterior a la guerra civil como "tiempo normal"), y ya en 1942 me incorporo al Ejército. Tomo contacto con D. Fernando Maymó Gomis, director de la Escuela Radio de Barcelona, pasando a engrosar la larga lista de los denominados por gente escéptica "hijos de Maymó". Curso de Radio por correspondencia, que tuvo la facultad de lanzar al río de la radio a muchísima gente. Unos salieron y

otros naufragaron, pero la labor fue buena gracias a Maymó y su Escuela Radio. Cuando mis compañeros salían de paseo a lucir el caquí, yo me quedaba en los pasillos del cuartel dándole vueltas a la manivela de la bobinadora y contándolas en voz alta para no equivocarme, haciendo mis primeros transformadores. Monté el primer receptor de galena con una piedrecita a la que había que "pinchar con un alambryn para buscar el punto óptimo de detección, saliendo en un único auricular EA-4 Radio Galicia de Santiago de Compostela. En el otro oído metíamos papel de fumar para evitar interferencias o ruidos extraños. Para colocar la antena tuve que hacer malabarismos caminando por la fachada exterior del edificio, pues no pedí permiso. Su efecto estético no les pareció bueno a los oficiales del cuartel y el teniente me mandó quitarla y poner

año 1943. Después siguieron las movilizaciones y cambios por toda España y tuve que dejar el curso para cuando mejorase la situación.

Ya licenciado del Ejército en 1945, en abril reemprendo el curso con Escuela Radio. Estando trabajando en el taller de muebles, llegó por allí Pedro Hernández Lara y vio unos libros de Escuela Radio y me pidió información. Empezó a copiar los libros a máquina. Era un trabajo inmenso y tenía el inconveniente de los esquemas, pues entonces no se hacían copias tan fácilmente como ahora. Le recomendé que se inscribiese como alumno de Escuela Radio y así lo hizo, haciendo un curso meteórico, pues tenía posibilidades intelectuales, económicas y de tiempo. Por aquellos años –en 1948– cambié de oficio cuando ya había perdido las esperanzas. Encontré trabajo como



Francisco Muriedas reparando radios en su cuartuco

una de cuadro.

Traslado desde Galicia hasta Almería con las lecciones de radio y materiales. Aunque no era el curso completo, el cual costaba 30 pesetas y se componía de 40 grupos de lecciones. Aquí monto una nueva antena y un nuevo receptor de una válvula, alimentada de corriente continua con una válvula rectificadora electrolítica, compuesta de dos electrodos y agua destilada con sosa. Era en el año 1943, en plena guerra mundial. No funcionó después de ímprobos trabajos. Vengo a casa de permiso y llevo a probar la válvula donde Manolo Vila: ¡completamente agotada! Me había cobrado 40 pesetas un viejo radiotécnico de Almería en su taller, que me había prestado un amigo conductor del Ejército que vino de Argel a hacer la mili como español que era. Todavía le debo las 40 pesetas del

electricista y los conocimientos de radio me valieron bastante para iniciarme en la nueva profesión, tan añorada por mí desde mi niñez.

Hernández se hizo su emisora en 40 metros, que pitaba muy bien, con el indicativo doble W 40, emisora pirata. Como receptor usaba un aparato comercial Telefunken, modelo Cruz del Sur. Antena Zepelin. Al calor de Hernández y con sus esquemas, yo me hice una emisora con esquema híbrido. La primera que funcionó en Campuzano. "Radio Campuzano" la llamaban Ramiro Montero Santibáñez –barbero del pueblo– y Pepe Rodríguez, músico de la Banda Municipal de Torrelavega y maestro de escuela. Dos muchachos que eran "las fuerzas vivas" de Campuzano, ya fallecidos y que ahora me complazco en recordarlos con cariño. El mismo cariño que ellos me dispensaban

por haberles hecho su emisora. Las chapas magnéticas del transformador eran recortadas de bidón de chapa de Solvay, a tijera. La antena, una Hertz de media onda de 20 metros de largo, la tenía instalada bajo tejas en la buhardilla de mi casa para que no se viese. Como no cabía estirada, iba haciendo zig-zag prendida en las paredes interiores. No sé qué tipo de onda saldría y en qué direcciones, pero funcionaba.

Entonces éramos muy pocos los radioaficionados de Torrelavega: los Cacho, Alberto Van den Eynde, Pedro Hernández Lara, Luis Puente (de la calle de Los Mártires), Ezequiel Gómez Cacho, Quintal y Manolo Ruiz García. Había otro muchacho de apellido González Tánago en la calle Jose María de Pereda, encima del Garaje Otero, con gran afición. Yo le escuchaba desde mi casa en La Llama. Eran unas llamadas un poco "desgarra-

■ Empezó a **copiar los libros a máquina**. Era un **trabajo inmenso** y tenía el inconveniente de **entonces no están fácilmente como ahora**.

doras". Nadie le contestaba en aquellas tardes domingueras de Torrelavega, donde imperaba un silencio absoluto, sin tráfico. No había más diversiones que ir al cine o acompañar a la mujer a visitar escaparates. Aquel muchacho murió pronto y yo fui a su entierro, habiéndole conocido solo por su voz.

Después, Pedro marchó al Brasil y otros se dispersaron, quedando muy pocos para mantener "el fuego sagrado". Quizá Manolo Ruiz García (después EA-1FD) y pocos más. Yo mismo quedé un poco descabalgado hasta la aparición de la CB, que ha sido un auténtico baño de popularidad para la radio, por la más fácil adquisición de los aparatos y más fácil manejo de éstos. Por la multitud de canales que posee; no estar solo aferrado al canal único de 40 metros que utilizábamos nosotros, aunque éramos pocos por canal. ●

